

LA ECONOMÍA

DESENMASCARADA



Introducción de
JOAQUÍN ESTEFANÍA

Capitán Swing®

STEVEN KEEN

Steve Keen

Traducido por Alvaro G. Ormaechea

Revisión de Francisco Prieto

Colección ENSAYO

Capitán Swing 

Título original: *Debunking Economics* (1934). [Revised and Expanded Edition]. *The Naked Emperor Dethroned?* (2011).

© Del libro: Steve Keen

© De la traducción: Alvaro G. Ormaechea

© De la introducción: Joaquín Estefanía

Edición en ebook: abril de 2016

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S.L.

Rafael Finat 58, 2ª - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-945311-0-1

© Diseño gráfico: Filo Estudio www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico www.caurina.com

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Steve Keen Sidney

(Australia, 1953)

Steve Keen Sidney es profesor de economía y finanzas en la University of Western Sydney, Australia. De formación keynesiano-marxista, ha trabajado en los últimos años en modelar matemáticamente las premonitorias intuiciones de Hyman Minsky sobre la dinámica del capitalismo financiero actual. Académicamente se ha centrado en formular una crítica a la interpretación neoclásica de la macroeconomía, por carecer de fundamento empírico. Keen está influenciado por economistas como Hyman Minsky, Irving Fisher, John Maynard Keynes, Piero Sraffa, Joseph Alois Schumpeter y Francois Quesnay.

Keen predijo la crisis financiera en diciembre de 2005, y ya en 1995 había advertido de que un periodo de aparente estabilidad podía no ser más que "la calma que precede a la tormenta". Su papel destacado como miembro de una pequeña minoría de economistas que previeron la crisis y advirtieron de su inminencia fue reconocido por sus pares con la distinción Revere Award de la *Real-World Economics Review*, por haber sido el economista que con más contundencia advirtió de la crisis, y cuyo trabajo tiene mayores posibilidades de prevenir crisis semejantes en el futuro.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

Tablas, figuras y cuadros

Introducción

¿Dónde están los diagramas?

Prefacio a la segunda edición

Prefacio a la primera edición

01. Prediciendo lo «impredecible»

02. Basta de complacencia

PARTE I. FUNDAMENTOS

03. El cálculo del hedonismo

04. El tamaño sí que importa

05. El precio de todo y el valor de nada

06. A cada uno según su contribución

PARTE II. COMPLEJIDADES

07. La guerra santa por el capital

08. Hay locura en su método

09. Demos otro salto en el tiempo

10. Por qué no la vieron venir

11. El precio no es correcto

12. Malentendidos en torno a la Gran Depresión y a la Gran Recesión

PARTE III. ALTERNATIVAS

13. Por qué yo sí la vi venir

14. Un modelo monetario del capitalismo

15. Por qué quiebran las bolsas

16. No disparen, yo solo soy el piano

17. Nada que perder, excepto la cabeza

18. Hay alternativas

Bibliografía

Tablas, figuras y cuadros

Tablas

- 2.1. Anticipaciones de la crisis inmobiliaria y de la recesión
- 3.1. «Útiles» y cambio en los útiles por el consumo de plátanos
- 3.2. Útiles que resultan del consumo de dos bienes
- 3.3. Los bienes en el experimento de «Preferencia revelada» de Sippel
- 4.1. Datos de demanda para un monopolio hipotético
- 4.2. Costes para un hipotético monopolio
- 4.3. Las ventas y los costes determinan el nivel de producción que maximiza el beneficio
- 4.4. Costes e ingresos para una industria «perfectamente competitiva» idéntica en escala a un monopolio hipotético
- 5.1. Datos de producción y de los factores de producción para una empresa hipotética
- 5.2. Gráficos de coste para el estudio de Eiteman y Guthrie
- 5.3. Investigación empírica sobre la naturaleza de las curvas de coste
- 7.1. La hipotética economía de subsistencia de Sraffa
- 7.2. Producción con superávit
- 7.3. Relación entre la tasa máxima y la tasa actual de beneficio, y el porcentaje del superávit correspondiente a los salarios
- 7.4. El impacto de la tasa de beneficio sobre la medición del capital
- 10.1. La clasificación de las ciencias de Anderson
- 12.1. El supuesto proceso del multiplicador del dinero
- 13.1. Un ejemplo hipotético del impacto que ejerce la deceleración de la deuda en la demanda agregada
- 13.2. El impacto real de la desaceleración de la deuda en la demanda agregada
- 14.1. Una economía de crédito puro con papel moneda
- 14.2. La dinámica de una economía de crédito puro sin crecimiento

- 14.3. Ingresos netos
- 14.4. Una economía de crédito puro en crecimiento con dinero electrónico
- 15.1. El procedimiento de Von Neumann para calcular un valor numérico de la utilidad del consumidor
- 15.2. La «paradoja» de Allais
- 15.3. La «paradoja» de Allais, segunda parte
- 16.1. La solubilidad de los modelos matemáticos
- 17.1. Tabla no ajustada de la creación de valor de Marx, donde la tasa de ganancia depende de la ratio del capital variable sobre el constante en cada sector
- 17.2. Tabla de la distribución de ganancias de Marx, donde la tasa de ganancia es ahora uniforme en todos los sectores
- 17.3. La economía hipotética de Steedman
- 17.4. Tabla física de Steedman en términos del valor de Marx
- 17.5. Tabla de precios de Steedman en los términos de Marx
- 17.6. Tasa de ganancia y precios calculados directamente de los datos de la producción/salario
- 17.7. El ejemplo de Marx donde el valor de uso de la maquinaria excede su depreciación

Figuras

- 3.1. Una curva de demanda del mercado válida
- 4.1. Los «tótems» de la tribu econ según Leijonhufvud
- 4.2. La prueba de Stigler de que la curva de demanda horizontal de la empresa es una falacia
- 4.3. Niveles de producción para industrias de entre 1 y 100 empresas
- 5.1. Empleo de la capacidad en el transcurso del tiempo en Estados Unidos
- 5.2. La representación que hace Varian de unas curvas de coste en su libro de texto de microeconomía avanzada
- 7.1. El diagrama económico estándar del «flujo circular»

- 9.1. La trayectoria temporal de una variable en el modelo de Lorenz
- 9.2. Estructura detrás del caos
- 9.3. Flujo funcional de Phillips: modelo de la economía en diagrama de bloques
- 9.4. El componente de la Figura 12 de Phillips, incluyendo el papel de las expectativas en la fijación de precios
- 9.5. Curva de Phillips trazada a mano de la relación entre la producción y las variaciones en el precio
- 9.6. Un programa moderno de simulación de una tabla de fluidos que genera ciclos, y no equilibrio
- 9.7. La relación de Phillips, empíricamente obtenida, entre desempleo, dinero y variaciones salariales
- 10.1. El modelo de Keynes de Hicks
- 10.2. Datos de inflación-desempleo en Estados Unidos, 1960-1970
- 10.3. El ciclo del cerdo
- 11.1. El comportamiento de los inversores según lo imagina la «hipótesis de los mercados eficientes»
- 11.2. Cómo se comportan realmente los especuladores
- 12.1. Variación de M0 y desempleo, 1920-1940
- 12.2. El volumen de base monetaria de la «expansión cuantitativa» de Bernanke visto en la perspectiva histórica
- 12.3. El «multiplicador del dinero» empírico, 1920-1940
- 13.1. El vórtice de la deuda en mi modelo de Minsky de 1995
- 13.2. Deuda privada en Estados Unidos sobre el PIB, 1955-2005
- 13.3. Demanda agregada en Estados Unidos, 1965-2015
- 13.4. La variación en la deuda colapsa al comienzo de la Gran Recesión
- 13.5. El Dow Jones cae en picado
- 13.6. La burbuja inmobiliaria estalla
- 13.7. El impulso crediticio y la variación en el empleo
- 13.8. El mayor colapso del impulso crediticio jamás registrado
- 13.9. Las dos grandes burbujas de deuda
- 13.10. El colapso de la demanda financiada con deuda entonces y ahora
- 14.1. El modelo neoclásico del intercambio como trueque
- 14.2. La naturaleza del intercambio en el mundo real
- 14.3. Cuentas bancarias

- 14.4. El desempleo mejora con un rescate a los deudores
- 14.5. Modelizando la Gran Moderación y la Gran Recesión (inflación, desempleo y deuda)
- 14.6. La Gran Moderación y la Gran Recesión (inflación real, desempleo y deuda)
- 14.7. La deuda y el PIB en el modelo
- 14.8. La deuda y el PIB durante la Gran Depresión
- 17.1. Una representación gráfica de la dialéctica de Marx

Cuadros

- 10.1. La Regla de Taylor
- 13.1. Definiciones de desempleo

Introducción

Todos somos neoclásicos respecto a alguien

Joaquín Estefanía

Este es un libro importante. No porque sea el primero que critica la economía neoclásica en sus fundamentos, sus fallos, su falta de visión a la hora de detectar la crisis o por haber profundizado en la misma con sus medidas, sino porque propone alternativas —demuele el eslogan «No hay alternativas» de una de las activistas políticas de esa escuela, Margaret Thatcher— y porque, al revés de otros textos, lo hace sin pedir perdón al *mainstream*, está a la ofensiva, ampliando el foco del debate al conjunto y no a los detalles secundarios. Sin complejo intelectual alguno, como lo demuestra la cantidad de referencias que hay en la red a su temible polémica con Paul Krugman —mal enemigo—, a quien considera parte de la síntesis keynesiana-neoclásica que «bastardeó», en palabras de Joan Robinson, al keynesianismo que salió como doctrina hegemónica de la Gran Depresión y que, en poco tiempo, fue dulcificado hasta el punto de quedar, en algunos casos, irreconocible.

Para Steve Keen —economista australiano, poskeynesiano, sraffiano *engagé*— la economía neoclásica es responsable. No solo por no haber anticipado la Gran Recesión —que, según el autor, los historiadores denominarán, con más propiedad, *Segunda Gran Depresión*, pues si no es comparable con la primera en profundidad, la supera en duración y en complejidad—, sino por ser intrínsecamente errónea y haber contribuido a multiplicar la calamidad que intentaba prever. Si su único fallo hubiera sido no anunciar con tiempo la crisis financiera, para que los ciudadanos pudiesen guarecerse, los economistas neoclásicos no se diferenciarían de los meteorólogos que no ven llegar una destructiva tor-

menta. Serían culpables de no haber dado la alerta, pero no se les podría responsabilizar de la tormenta misma. La economía neoclásica, en cambio, tiene una responsabilidad directa en la tormenta económica: sus representantes convirtieron lo que podría haber sido una crisis financiera y una recesión «del montón» en una crisis mayor del capitalismo, junto a la Gran Depresión y a las dos guerras mundiales. Las creencias y las acciones de los neoclásicos hicieron que esa crisis económica fuese mucho peor de lo que hubiera sido sin su intervención. Sostiene Keen que la economía no precisa de una teoría económica exacta en el mismo sentido en que se necesita una teoría exacta de la propulsión para construir un cohete espacial. Pero, al menos, que sea inofensiva. La falsa confianza que engendró sobre la estabilidad estructural de la economía de mercado —los ciudadanos estaban seguros de que no se podría repetir el efecto *Gran Depresión*— animó a muchos responsables políticos a dismantlar o demediar bastantes de las instituciones que se habían desarrollado a partir de la década de los años treinta del siglo pasado —por ejemplo, los organismos reguladores—, para tratar de contener y limitar el grado de las turbulencias. Así, las «reformas económicas» introducidas paso a paso, en la creencia de que harían funcionar más eficazmente a la sociedad, solo han hecho del capitalismo moderno —un capitalismo financiero— un sistema social más pobre, más desigual, más frágil, más inestable.

¿Cuándo logra la hegemonía intelectual la economía neoclásica? Aparte de las dos guerras mundiales, que fueron fenómenos directamente políticos con consecuencias económicas telúricas, hubo durante el siglo XX dos disrupciones de naturaleza prioritariamente económica que cambiaron el sentido de las cosas. La primera fue la gran Depresión; de ella, se salió a través de una conflagración bélica, pero con un aparato de teorización económica muy potente, que fue el keynesianismo. Durante varias décadas, el keynesianismo dio jaque a los postulados de la economía clásica. Poco a poco, a través de la síntesis keynesiano-neoclásica, aquel fue desnaturalizado de sus raíces, pero los medios de comunicación y los aparatos ideológicos del Estado siguieron considerando la política económica que se aplicó hasta mediados de la década de los setenta del siglo pasado como keynesianismo más o menos puro.

Con motivo de las dos crisis del petróleo, en los años setenta, tuvo lugar la segunda disrupción económica de la centuria; lo que se denominó *estanflación*: una mezcla de paro, falta de crecimiento y alta infla-

ción. Se acusó al keynesianismo declinante de no saber cómo hacer frente a esta mezcla de males, y fue sustituido por una ortodoxia económica aún más enérgica que aquella contra la que se había protestado en la década de los treinta. La mayor fortaleza de la instalada *economía neoclásica*, como se vino en llamar, fue llegar acompañada políticamente por los *guardias de la porra* de la revolución conservadora de Thatcher y Reagan, con la que era perfectamente coherente. Neoclasicismo económico y neoliberalismo político, el ungüento de la serpiente, la fórmula imbatible desde los años ochenta del siglo pasado.

Esta combinación —revolución conservadora y economía neoclásica— arrasó los restos del naufragio keynesiano. Su máxima: no dejar heridos en el campo de batalla. Quizá la parte más asombrosa de *La economía desenmascarada* sea aquella en la que su autor describe la penetración de la ortodoxia neoclásica en la docencia —libros de texto, profesorado, cátedras—, servicios de estudio, programas de investigación, organismos multilaterales, etcétera. En algunos de esos lugares permanecieron pequeños reductos poskeynesianos, como la aldea gala de Astérix, a los que no pudieron expulsar del todo, pero la purga en el resto fue generalizada: manuales de enseñanza, selección de las materias principales que se estudiaban en las facultades de Ciencias Económicas —macroeconomía, microeconomía y finanzas; subsidiarización de la historia económica, la sociología—; cooptación de los díscolos para atraerlos al seno del pensamiento único; en el ámbito de la investigación; en las principales revistas de la profesión, de las que durante décadas desaparecieron nombres como el de Hyman Minsky y otros; etc. Esta posición de dominio neoclásico quedaba avalada por los nombramientos en las jefaturas de estudios de la OCDE, FMI, Banco Mundial, entre los gobernadores de los principales bancos centrales o los ministros de Economía y finanzas de los principales países del mundo. Y en los premios Nobel de Economía...

El ejemplo máximo de esta tendencia fue la llegada a la Reserva Federal de Ben Bernanke, considerado el mayor experto neoclásico en el estudio de las causas de la Gran Depresión, y una de las *bestias negras* de Steve Keen. ¿Por qué esto último? No solo por su defensa a ultranza de la economía neoclásica cuando las cosas iban más o menos bien, faltaba más, sino por su tono de militancia cuando la economía empezó a ir mal o muy mal, y su displicencia a la autocrítica. En 2004, cuando solo una minoría de iluminados —entre ellos Keen— habían devenido en Casandras que anticipaban el estallido de las burbujas que estaban en

el corazón de un modelo de crecimiento, Bernanke defendía que la economía neoclásica había remodelado tanto la teoría como la política económica, dando lugar a dos décadas de éxitos —lo que era cierto—, no solo logros significativos en cuanto al crecimiento económico y la productividad, sino también una marcada volatilidad económica tanto en EE.UU. como en el exterior, un fenómeno que ha recibido el apelativo de «Gran Moderación». Dice el ex presidente de la Fed: «Las recesiones se han hecho menos frecuentes y más suaves, y la volatilidad trimestral en rendimiento y empleo también han descendido significativamente. Las razones de la «Gran Moderación», sin embargo sigue siendo objeto de controversias, pero como ya he explicado en otro lugar, hay pruebas para sostener que la mejora del control de la inflación ha contribuido de forma importante a este *cambio bienvenido de la economía*» (las cursivas son de Keen).

Cuando estalla con toda su virulencia la Gran Recesión apenas un lustro después, con sus secuelas de capitalismo de Estado —ayudas masivas a la banca y a las principales industrias con dinero público—, empobrecimiento, paro, reducción de la protección... cuando «la Gran Moderación» llegó a un abrupto final, cuando todo aquello que la economía neoclásica —y Bernanke— decían que no podía suceder ocurrió a la vez —mercados de valores en caída libre, bastiones centenarios de las finanzas como Lehman Brothers quebrados, inflación tendente a la deflación...—, cuando se confrontaron a una desconexión total entre lo que creían y lo que estaba aconteciendo, una buena parte de los economistas neoclásicos reaccionaron de una manera muy humana: entraron en pánico. Entonces, como en un juego de prestidigitación, se deshicieron de todas sus directrices neoclásicas y empezaron a comportarse como economistas keynesianos con esteroides. Después de haber rechazado durante décadas la intervención pública, los déficits presupuestarios y las inyecciones de liquidez, de pronto ordenaron al Estado que se pusiera a intervenir por doquier. Los déficits públicos alcanzaron niveles que hacían pequeños el de cualquier presupuesto que los viejos keynesianos hubieran podido llevar en las décadas de los cincuenta y los sesenta, y el dinero público fluyó como las cataratas del Niágara. «En solo cinco meses —se cuenta en este libro—, Ben Bernanke, en tanto que presidente de la Reserva Federal de EE.UU., literalmente dobló la cantidad de dinero público en la economía estadounidense —la última vez había tardado 13 años en doblarse—. El largo descenso de la ratio de dinero público en relación al nivel de actividad económica

desde el 15% del PIB en 1945 hasta llegar a un exiguo 5% en 1980 y al 6% al inicio de la crisis, fue revertido en menos de un año, cuando la expansión cuantitativa I —*quantitative easing I*— de Bernanke elevó ese ratio de nuevo al 15% hacia el año 2010».

¿Reconocieron el fracaso?, ¿han reflexionado sobre la contorsión ideológica hecha para salvarse? Nada de nada. Ni siquiera lo consideraron. Bernanke argumentó que no había necesidad alguna de revisar la teoría económica como resultado de la crisis y de la gestión de la crisis, y distinguió entre «ciencia económica», «ingeniería económica» y «gestión económica» para permanecer donde estaba. «La reciente crisis financiera —escribió— «ha tenido más que ver con un fallo en la ingeniería económica y en la gestión económica que en lo que yo he llamado *ciencia económica* (...); las deficiencias en materia de (...) ciencia económica (...) fueron en su mayor parte menos relevantes de cara a la crisis; es más, aunque la gran mayoría de los economistas no previeron el casi colapso del sistema financiero, el análisis económico ha demostrado ser —y lo seguirá demostrando— de una importancia crítica a la hora de entender la crisis, desarrollar políticas para contenerla y diseñar soluciones de más largo plazo para prevenir su recurrencia».

Ante este inmovilismo intelectual del anterior presidente de la Fed —hoy trabajando en el sector financiero privado, en otro ejemplo más de *revolving doors*—, Keen se confronta de dos modos: recordando la diferente manera de proceder que tuvo en su día Hyman Minsky —un precursor de sus tesis— y hablando de los economistas que, como él, sí previeron lo que iba a acontecer.

Minsky (1919-1996): economista estadounidense considerado poseykeynesiano, alumno de Schumpeter y Leontief. Reivindicado por la Gran Recesión, que lo sacó del ostracismo y lo instaló en el centro del debate. Minsky argumenta que en la medida en que las crisis desde la Gran Depresión han sido recurrentes, un test crucial de validez para cualquier teoría económica debería ser su capacidad para incluir y analizar las recesiones y las depresiones como estados posibles de la economía. ¿Puede una Gran Depresión ocurrir de nuevo?, se preguntó Minsky, poniendo de cabeza los postulados de la estabilidad natural de los neoclásicos. Este descubrió —y Keen lo desarrolla en el libro— que en tiempos de prosperidad se desarrolla una euforia especulativa mientras aumenta el volumen de crédito, hasta que los beneficios producidos no pueden pagarlo, momento en que los impagos generan la crisis. El re-

sultado es una contracción del préstamo, incluso a aquellas empresas que sí pueden pagarlo; así se entra en recesión.

¿Les suena? Minsky hace suya la teoría de la inestabilidad inherente: una característica fundamental de nuestra economía es que el sistema financiero oscila con extrema rapidez entre la robustez y la fragilidad, y esa oscilación es parte integrante del proceso que genera los ciclos económicos. Tales fluctuaciones, así como las fases expansivas y de contracción que pueden acompañarlas, son inevitables en el libre mercado, salvo que el Gobierno intervenga para su control a través de la regulación, la acción del banco central y otras herramientas que, de hecho, se crearon para responder al *crash* de 1929 y a la Gran Depresión posterior. Minsky se opuso con mucha fortaleza a las desregulaciones que caracterizaron las décadas de los ochenta y los noventa del siglo pasado.

Steve Keen presume de haber sido uno de los pocos economistas que detectaron la que se nos venía encima, con bastante tiempo de antelación. Por ello se le concedió, en septiembre de 2010, el Premio Revere de Teoría Económica —en honor de Paul Revere y de su travesía nocturna para alertar a los estadounidenses de la proximidad del ejército colonial británico— a los economistas que mejor previeron la crisis. Entre los seleccionados, además del australiano, estaban Nouriel Roubini, Michael Hudson, o las estrellas Stiglitz, Krugman... Ha habido, por así decirlo, dos escuelas enfrentadas en cuanto a la actitud del economista ante las crisis. La primera, la de Casandra: por amor, el dios Apolo concedió a la sacerdotisa Casandra el don de la profecía. Como esta no le correspondió, la maldijo y le proporcionó un segundo don, este de sentido negativo: podría adivinar lo que iba a suceder, pero nadie la creería, lo que fue una continua fuente de dolor y frustración para ella. Casandra previó la destrucción de Troya, la muerte de Agamenón y su propia desgracia, pero fue incapaz de evitar esas tragedias. Ha habido pocos *economistas Casandra* que pronosticasen el arranque aciago del siglo XXI. Keen fue uno de ellos.

La segunda escuela, tan citada en *La economía desenmascarada* es la del *cisne negro*. Casi coincidiendo con la aparición en nuestras vidas de las hasta entonces casi desconocidas hipotecas *subprime* en EE.UU., se publicó, con gran éxito, un ensayo del profesor de Ciencias de la Incertidumbre —¡qué gran nombre para una asignatura!— de la Universidad de Massachusetts, Nassim Taleb, titulado *El cisne negro*. ¿Qué es, en ciencias sociales, un *cisne negro*? Se trata de un suceso improbable